

Jacob y Wilhelm Grimm

Cuentos

Antología y traducción de Pedro Gálvez
Ilustraciones de Otto Ubbelohde



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Primera edición: 1976
Tercera edición: 2014
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la antología y traducción: Pedro Gálvez
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1976, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-8965-4

Depósito legal: M. 15.938-2014
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

9	La oca de oro
16	Las tres hilanderas
21	Hänsel y Gretel
34	El pájaro de oro
46	La serpiente blanca
53	Los músicos de Bremen
59	El sastrecillo valiente
73	El labrieguillo
83	El sastre en el cielo
87	La reina de las abejas
91	Pulgarcito
101	Pajita, carbón y judía
104	Rapónchigo
111	El campesinito en el cielo
113	Los años de vida
117	El lobo y los siete cabritos
122	La ondina del lago
131	Caperucita Roja
137	La mujer del manantial y sus gansos
152	Los regalos del pueblo pequeño
157	Los animales de Dios y del diablo
160	La liebre y el erizo
166	Los tres vagos
168	El rey sapo o Heinrich el Inflexible

175	La señora Holle
182	El señor padrino
186	El lenguado
188	El burrito
195	El señor Korbes
198	Zarzarrosa (La bella durmiente del bosque)
205	El doctor Sabelotodo
209	El nabo
215	La Cenicienta
227	El pastorcillo
230	El lobo y el hombre
233	Las gachas dulces
235	La ondina
238	Los tres menestrales ambulantes
244	Seis se abren paso por el mundo
253	El perro y el gorrión
259	La historia del pescador y su mujer
273	Los tres pelos de oro del diablo
285	La bola de cristal
291	Blancanieves
306	El genio de la botella
314	El pobre y el rico
322	El campesino y el diablo
325	El clavo
327	Los zapatos gastados de bailar
334	La llave de oro

La oca de oro*

Érase una vez un hombre que tenía tres hijos, el más pequeño de los cuales se llamaba Tontillo y era menospreciado y escarnecido y dado de lado a cada oportunidad. En cierta ocasión el mayor se disponía a ir al bosque a cortar leña, y antes de que se fuera le dio la madre una espléndida y exquisita tortilla y una botella de vino, para que no padeciese hambre ni sed. Al llegar al bosque le salió al paso un lúgubre y viejo hombrecillo, que le dio los buenos días y le dijo:

—Dame un trozo de la tortilla que llevas en tu cesta y déjame beber un trago de tu vino; tengo tanta hambre y estoy tan sediento...

Mas el juicioso hijo respondió:

—Si te doy *mi* tortilla y *mi* vino, no tendré nada para mí. ¡Lárgate y sigue tu camino!

* *Die goldene Gans.*

Y dejando al hombrecillo plantado, prosiguió su marcha.

Pues bien, cuando se puso a cortar un árbol, no transcurrió mucho tiempo sin que diera un hachazo en falso y la herramienta volase hacia su brazo, de tal forma que tuvo que regresar al hogar y hacerse vendar. Pero esto provenía del lúgubre hombrecillo.

Luego fue el segundo hijo al bosque, y la madre le dio, al igual que al mayor, una tortilla y una botella de vino. A él también le salió al paso el lúgubre hombrecillo y le pidió un trozo de tortilla y un trago de vino. Pero el hijo mediano también habló con gran discreción:

—Lo que te dé a ti tendré que quitármelo a mí mismo. ¡Lárgate de aquí!

Y dejó al hombrecillo plantado y prosiguió su marcha. No le faltó el castigo: no había hecho más que dar un par de hachazos en el árbol, cuando se dio uno en la pierna; y tan fuerte, que hubo de ser llevado a casa.

Entonces dijo Tontillo:

—Padre, déjame ir a cortar leña.

A lo que el padre respondió:

—Tus hermanos no han salido muy bien parados en ello; déjate de esas cosas, de las que tú no entiendes.

Pero Tontillo rogó y suplicó tanto tiempo, que el padre dijo al fin:

—Pues ve, ya escarmentarás cuando te hieras.

La madre le dio una tortilla, que había sido hecha con agua, y sobre las cenizas; a lo que añadió una botella de cerveza agria.

Cuando llegó al bosque, le salió al paso, igualmente, el viejo y lúgubre hombrecillo, quien le dijo:

—Dame un pedazo de tu tortilla y un trago de tu botella; tengo tanta hambre y tanta sed...

—Pero —respondió Tontillo— sólo tengo una tortilla hecha sobre las cenizas y cerveza agria; si te parece bien, sentémonos y comamos.

Entonces se sentaron, y cuando el hijo menor sacó la cenicienta tortilla, ésta se había convertido en una exquisita tortilla a la francesa; y la cerveza agria era un delicado vino. Y así comieron y bebieron; y después habló el hombrecillo:

—Porque tienes un buen corazón y repartes gustoso lo que es tuyo, quiero hacerte feliz. Allí hay un viejo árbol, córtalo y encontrarás algo en las raíces.

Y a continuación se despidió el hombrecillo.

Tontillo se acercó al árbol y lo derribó; y al caer éste, vio en las raíces una oca que tenía las plumas de oro puro. La sacó, la cogió y se fue a una posada, donde pensaba pasar la noche. Pero el posadero tenía tres hijas que vieron la oca, sintieron curiosidad por saber qué clase de pájaro maravilloso era, y quisieron tener una de sus plumas de oro. La mayor pensó: «Ya se presentará una oportunidad para que pueda arrancar una pluma». Y en un momento en que Tontillo había salido de la casa cogió la oca por las alas, pero los dedos y la mano se le quedaron pegados a ellas. Al poco rato entró la segunda, sin otro pensamiento que el de llevarse una pluma de oro; pero apenas había tocado a su hermana cuando se quedó pegada a ella. Finalmente, llegó también la tercera con la misma intención, entonces gritaron las otras:

—¡No te acerques, por el amor de Dios, no te acerques!

Pero no entendió por qué no habría de acercarse; pensó: «Ahí están ellas, yo también puedo estar ahí». Y se acercó de un salto, y en cuanto hubo tocado a sus hermanas, se quedó pegada a ellas. De esta suerte tuvieron que pasar la noche con la oca.

A la mañana siguiente cogió Tontillo a la oca en sus brazos, se fue y no se preocupó por las tres hermanas prendidas a ella. Éstas tenían que andar siempre siguiéndole de un lado para otro, por donde se le antojara ir. En medio del campo se le acercó el cura, y al ver la procesión, dijo:

—¿No os avergonzáis, chicas indecentes? ¿Por qué seguís a este joven mozo por el campo? ¿Está eso bien hecho?

Y al hablar tomó a la menor de la mano, se quedó igualmente pegado y tuvo él mismo que caminar detrás. Al poco rato vino el sacristán y vio al señor cura siguiendo los pasos a tres mozas. Y entonces se asombró y gritó:

—¡Eh!, señor cura, ¿adónde va con tanta prisa? No olvide que hoy tenemos bautizo.



Y se le acercó corriendo, lo cogió por la manga y se quedó también pegado. Y cuando los cinco iban trotando así, uno detrás del otro, llegaron dos campesinos del campo, con sus azadas. Pero no habían hecho más que tocar al sacristán, cuando se quedaron pegados, y eran entonces siete los que seguían a Tontillo con su oca.

Llegó después a una ciudad, donde gobernaba un rey que tenía una hija tan seria que nadie podía hacerla reír. Por ello había el rey proclamado una ley, según la cual habría de casarse con ella quien pudiera hacerla reír. Tontillo, cuando esto oyó, fue con su oca y su séquito a presentarse ante la hija del rey, y cuando ésta vio a las siete personas caminando siempre una detrás de otra, comenzó a reír con gran estruendo, y no quería parar nunca. Entonces la pidió Tontillo como prometida, pero al rey no le gustó el yerno, puso toda clase de pegas y dijo que éste tendría que traerle antes un hombre que pudiese beber toda una bodega llena de vino. Tontillo pensó en el lúgubre hombrecillo; quizá pudiera muy bien ayudarlo; se fue al bosque, y en el sitio donde había cortado el árbol vio a un hombre sentado, de rostro compungido. Tontillo le preguntó por lo que tanto le afligía. Y respondió esto:



—Tengo mucha sed y no puedo calmarla. No soporto el agua fría. He vaciado, en verdad, un tonel de vino, pero ¿qué es una gota sobre una piedra en ascuas?

—En eso puedo ayudarte —dijo Tontillo—. Vente conmigo, tú has de saciarte.

Lo condujo entonces a la bodega del rey, y el hombre se abalanzó sobre los grandes toneles, bebió y bebió, hasta que su cuerpo amenazaba con reventar, pero antes de que transcurriese un día se había bebido toda la bodega.

Tontillo exigió nuevamente a su prometida, pero el rey se enfadó de que un mal rapaz, a quien todos llamaban Tontillo, hubiese de llevarse a su hija, y puso nuevas condiciones: tendría que encontrar primero a un hombre que pudiera comerse toda una montaña de pan. Tontillo no lo pensó mucho, sino que se fue inmediatamente al bosque; allí estaba sentado en el mismo sitio un hombre que se apretaba fuertemente el cuerpo con un cinturón; tenía un quejumbroso rostro y dijo:

—Me he comido todo un horno lleno de pan rallado; pero ¿de qué sirve eso si se tiene tanta hambre como yo? Mi estómago sigue estando vacío, y he de apretarme bien el cinturón para no morir de hambre.

Tontillo se alegró de esto y dijo:

—Prepárate y vente conmigo, comerás hasta hartarte.

Lo condujo a la corte del rey, quien había hecho traer toda la harina de su reino para cocer con ella una inmensa montaña. Pero el hombre del bosque se colocó frente a ella, comenzó a comer y a comer, y en un día había desaparecido toda la montaña. Tontillo exigió por tercera vez a su prometida, pero el rey buscó de nuevo un pre-

texto y pidió un barco que pudiera viajar por tierra y por mar.

—Tan pronto como vengas navegando en él —dijo—, tendrás a mi hija por esposa.

Tontillo se fue directamente al bosque; allí estaba sentado el viejo y lúgubre hombrecillo al que había dado su tortilla, que dijo:

—He bebido y comido por ti, y también quiero darte el barco; todo lo hago porque fuiste compasivo y bondadoso conmigo.

Entonces le dio el barco que podía ir por tierra y por mar, y cuando el rey lo vio, no pudo negarle por más tiempo a su hija. La boda fue celebrada. Después de la muerte del rey, heredó Tontillo el reino y vivió feliz mucho tiempo con su esposa.



Las tres hilanderas*

Érase una muchacha holgazana que no quería hilar; y ya podía decir su madre cuanto quisiera, que le era imposible obligarla a hacerlo. Hasta que un día, la ira y la impaciencia exasperaron tanto a la madre que comenzó a pegar a la hija, que se echó a llorar desesperadamente. Acertó a pasar por allí en ese momento la reina, quien, al oír los llantos, ordenó detener su carroza, entró en la casa y le preguntó a la madre por qué pegaba de tal forma a su hija que los gritos tenían que escucharse por toda la calle. Pero a la mujer le dio vergüenza el tener que revelar la holgazanería de su hija y mintió:

—Nada puedo hacer para que deje de hilar; no hace más que hilar todo el santo día; y yo soy pobre y no puedo comprar tanto lino.

A lo que respondió la reina:

* *Die drei Spinnerinnen.*

—No hay nada que me guste más que el oír hilar, y nada que me proporcione tanto placer como el zumbido de las ruecas. Dadme a vuestra hija para que me la lleve a palacio; tengo lino más que suficiente; ¡que hile allí tanto como quiera!

La madre se alegró de todo corazón, y la reina se llevó a la hija. Cuando llegaron al palacio, la condujo a tres alcobas de una torre que estaban abarrotadas del más hermoso lino, en montones que llegaban hasta el techo.

—Bien —dijo la reina—, hílame ese lino; y si logras hacerlo, tendrás por esposo a mi hijo mayor. No haré caso de que seas pobre: tu asidua laboriosidad será dote suficiente.

La chica se asustó para sus adentros, pues no podría hilar el lino ni aunque llegase a los trescientos años habiendo trabajado todos los días desde la mañana a la noche. Cuando por fin se quedó sola, comenzó a llorar; y así estuvo tres días, sin mover ni un solo dedo. Al tercer día entró la reina, y al ver que no había hilado nada, se asombró mucho; pero la muchacha se disculpó, diciendo que no había podido empezar por la gran pena que le causaba el encontrarse tan alejada del hogar materno. La reina aceptó sus razones, mas dijo al irse:

—Has de comenzar mañana el trabajo.

Cuando la chica se halló de nuevo sola, fue presa de la más profunda desesperación, y, en su confusión, se acercó a la ventana. Entonces vio a tres mujeres que se acercaban. La primera de ellas tenía un pie plano y muy ancho; la segunda, un labio inferior tan grande que le caía sobre el mentón, y la tercera, un enorme pulgar. Las tres se detuvieron bajo la ventana, miraron hacia arriba y preguntaron a la chica qué le pasaba. Ésta les contó sus

amarguras; entonces las mujeres le ofrecieron su ayuda, diciendo:

—Si nos invitas a la boda, si no te avergüenzas de nosotras y dices que somos tus tías, si nos dejas también sentarnos a tu mesa, entonces hilaremos por ti todo ese lino; y esto, en poco tiempo.

—Lo haré muy gustosa —respondió la chica—. Entrad de una vez y comenzad inmediatamente el trabajo.

Entonces dejó pasar a las tres extrañas mujeres e hizo un hueco en la primera alcoba, donde éstas se sentaron y empezaron a hilar. Una de ellas estiraba el hilo y lo daba a la rueda; la otra lo humedecía; y la tercera lo torcía y golpeaba con el dedo sobre la mesa; y en cuanto golpeaba, caía al suelo una buena cantidad de hilo, ya hilado, en las madejas más finas que imaginarse quepa.

La chica ocultaba las tres hilanderas a la reina, enseñándole, en cuanto llegaba, la cantidad de estambre hilado, que era objeto de alabanzas sin fin. Cuando la primera alcoba estuvo vacía, pasaron a la segunda; finalmente, a la tercera, y ésta pronto quedó vacía. Entonces se despidieron las tres mujeres, diciéndole a la chica:

—No te olvides de lo que nos has prometido; eso hará tu felicidad.

Cuando la chica le enseñó a la reina las alcobas vacías y el gran montón de hilo, ésta ordenó inmediatamente los preparativos para la boda; y el novio se alegró de recibir por mujer a una joven tan habilidosa y trabajadora, y la ponderó sobre todas las cosas.

—Tengo tres tías —dijo la joven—, y comoquiera que me han hecho mucho bien, no quisiera olvidarme de ellas en

mi felicidad; permitidme, pues, que las invite a la boda y que se sienten a la mesa.

—¿Y por qué no habríamos de permitirlo? —dijeron la reina y el novio.

Pues bien, cuando comenzó la fiesta, las tres comadres aparecieron, luciendo estrafalarios vestidos.

—Bienvenidas seáis, queridas tías —dijo la novia.

—¡Oh! —exclamó el novio—, ¿cómo tienes amistades tan repugnantes?

Y acercándose a la mujer del ancho pie plano, le preguntó:

—¿De qué tenéis un pie tan ancho?

—De pisar —respondió ésta—, de pisar.



Entonces se dirigió a la segunda y le preguntó:

—¿De qué tenéis ese labio caído?

—De lamer —respondió ésta—, de lamer.

Entonces le preguntó a la tercera:

—¿De qué tenéis el pulgar tan ancho?

–De torcer el hilo –respondió ésta–, de torcer el hilo.

Entonces se asustó el príncipe y dijo:

–Pues bien, mi bella prometida no habrá de poner las manos nunca en una rueca.

Y de este modo se liberó del desagradable oficio del hilado.

Hänsel y Gretel*

En el lindero de un frondoso bosque vivía un pobre leñador con su mujer y sus dos hijos; el chicuelo se llamaba Hänsel y la niña Gretel. Poco era lo que tenía para pinchar y cortar e hincar el diente; y en una ocasión, cuando una gran alza de precios azotó el país, ni siquiera podía llevar a la casa el pan de cada día.

Hallándose una noche pensando en su situación, dando vueltas y vueltas en la cama, sin poder conciliar el sueño por las preocupaciones, dio un suspiro y le dijo a su mujer:

—¡Qué será de nosotros! ¿Cómo podremos dar de comer a nuestros pobres hijos si no tenemos ni para nosotros mismos?

—¿Sabes una cosa, esposo mío? —respondió la mujer—: llevemos mañana de madrugada a nuestros niños al bos-

* *Hänsel und Gretel.*

que, allí donde la espesura sea mayor; entonces haremos un fuego y le daremos a cada uno un mendrugillo de pan; luego nos iremos a trabajar y los dejaremos solos. Nunca encontrarán el camino de regreso a casa, y nos habremos desembarazado de ellos.

—No, mujer —dijo el hombre—, eso no lo haré. ¿Cómo podría yo abandonar a mis hijos en el bosque?, las fieras salvajes llegarían inmediatamente y los despedazarían.

—¡Oh, estúpido de ti! —exclamó ella—, entonces moriremos los cuatro de hambre. ¡Ya puedes ir cortando las tablas para los ataúdes!

Y no le dejó ni un instante en paz hasta que acabó por dar su consentimiento.

—Pero los pobres niños me dan mucha lástima —dijo el hombre.

Los dos niños tampoco habían podido dormir por el hambre y habían estado escuchando lo que la madrastra dijo a su padre.

Gretel lloraba amargamente, y entre sollozos le dijo a Hänsel:

—Ahora estamos perdidos.

—Tranquilízate, Gretel —dijo Hänsel—, no te aflijas; yo sabré cómo sacarnos del aprieto.

Y cuando los viejos se hubieron dormido, Hänsel saltó de la cama, se puso su chaquetilla, abrió sigilosamente la puerta y se deslizó fuera de la casa. La luna brillaba espléndidamente, y las blancas chinas relucían como monedillas de plata en el suelo. El chico se agachó y recogió tantas piedras como pudo meterse en los bolsillos de su chaquetilla. Luego regresó y le dijo a Gretel:

–Consuélate, hermanita querida, y duerme tranquilamente; Dios no nos abandonará.

Y diciendo esto, volvió a meterse en la cama.

Cuando apuntaba el día, antes de que hubiese salido el sol, entró la mujer y despertó a los dos niños.

–¡A levantarse, holgazanes!; vamos a ir al bosque a por leña –y dándole a cada uno un mendrugillo de pan, añadió–: Aquí tenéis algo para el almuerzo; pero no os lo vayáis a comer antes, pues no recibiréis nada más.

Gretel recogió el pan en su delantal, puesto que Hänsel tenía los bolsillos llenos de piedras. Luego se dirigieron todos juntos hacia el bosque. Cuando habían caminado un rato, se detuvo Hänsel y miró hacia atrás, en dirección a la casa; y esto lo hizo de nuevo, repitiéndolo una y otra vez.

–Hänsel –dijo el padre–, ¿qué estás mirando y por qué te retrasas?; pon cuidado y no olvides que tienes piernas para caminar.

–¡Ah!, padre –respondió Hänsel–, miro a mi gatito blanco; está en el techo y quiere decirme adiós.

–¡Zoquete! –gruñó la mujer–. Lo que ves no es tu gatito, es el sol, que ya se asoma por la chimenea.

Pero Hänsel no había estado mirando al gatito, sino que había ido arrojando por el camino, cada vez que se detenía, una de las blancas chinas que llevaba en su bolsillo.

Una vez bien adentrados en el bosque, dijo el padre:

–Ahora a recoger leña. Haré fuego para que no paséis frío.

Hänsel y Gretel se pusieron a coger ramas secas hasta que hicieron un buen montoncito de ellas. La leña fue

encendida, y cuando chisporroteaban altas las llamas, dijo la mujer:

—Y ahora, chicos, sentaos al fuego, y no os mováis de aquí. Nosotros nos vamos a cortar leña. Cuando terminemos, volveremos por vosotros.

Hänsel y Gretel se sentaron alrededor del fuego, y cuando llegó el mediodía, cada uno comió su mendrugillo de pan. Y como habían estado oyendo hachazos, creyeron que su padre estaba cerca. Pero no era un hacha lo que oían; era una rama que su padre había atado a un árbol seco y que el viento movía, haciéndola golpear contra el mismo. Y cuando hubieron esperado mucho, los ojos se les cerraron de cansancio y se sumieron en un profundo sueño. Al despertar, había entrado ya la noche y la más profunda oscuridad les rodeaba.

—¡Cómo vamos a salir del bosque! —exclamó Gretel, rompiendo a llorar.

—Espera un momento —la consoló Hänsel— hasta que salga la luna, entonces encontraremos el camino.

Y cuando salió la luna llena, Hänsel cogió a su hermanita de una mano y fue buscando las chinasy, que relucían como monedillas de plata recién acuñadas que les enseñaran el camino. Estuvieron andando toda la noche y llegaron a la casa del padre al irrumpir el día. Llamaron a la puerta, y cuando abrió la mujer y vio que eran Hänsel y Gretel, dijo:

—¡Chicos malos!, ¿cómo habéis estado tanto tiempo durmiendo en el bosque?; ya creíamos que no pensabais regresar.

Pero el padre se alegró, pues le había llegado al alma el haberlos dejado solos.

No pasó mucho tiempo sin que la miseria se adueñase de nuevo de la casa. Y los niños oyeron cómo la madre le hablaba al padre por la noche, en la cama:

—Ya nos lo hemos comido todo de nuevo; sólo nos queda un pan. Y luego: ¡sanseacabó! Los niños han de irse. Llevémoslos bosque adentro, más lejos que la última vez, para que no puedan hallar el camino. De lo contrario, no tendremos salvación.

Al hombre esto le dolía mucho, y dijo:

—Sería mejor que repartieses con tus hijos hasta el último mendrugo.

Pero la mujer no quería escuchar razones; se mofó de él y le hizo reproches. Quien había dado su palabra, tenía que mantenerla; y como había cedido la primera vez, tuvo que ceder la segunda.

Sin embargo, los niños todavía estaban despiertos y escucharon la conversación. Cuando los viejos se durmieron, Hänsel se levantó de la cama y quiso ir a recoger chinatas como la vez anterior, pero la mujer había cerrado la puerta y Hänsel no pudo salir. No obstante, consoló a su hermanita y dijo:

—No llores, Gretel, y duérmete tranquila, que Dios nos ayudará.

Por la madrugada se presentó la mujer e hizo salir a los niños de la cama. Cada uno recibió su mendrugillo de pan, que era más pequeño que el de la última vez. Por el camino hacia el bosque, Hänsel lo desmenuzó en sus bolsillos; se detuvo con frecuencia, arrojando siempre una miguilla a la tierra.

—Hänsel —dijo el padre—, ¿por qué te detienes y miras hacia atrás? ¡Sigue tu camino!